

Friedrich Wolfzettel

El viaje inglés a Portugal en torno a 1800 o Portugal sin mito

Un texto muy posterior y de poca importancia literaria nos servirá de preámbulo y ejemplo para demostrar la continuidad de la tradición romántica.

En 1887 fue publicado en Berlín el relato de viaje de un tal Otto Rieß (Rieß 1887) bajo el título *Nach Portugal und Spanien*; el subtítulo, *Eine heitere Touristenfahrt*, ya indica el carácter bienhumorado de un libro de circunstancias escrito sin ambición literaria y, por lo tanto, bastante típico de toda una tradición del viaje hispánico en el siglo XIX. Este viaje ibérico, emprendido por vía marítima en el vapor *Portugal*, traza un gran circuito por los lugares más importantes, en primer lugar de Portugal, después, de Andalucía y al final, nuevamente de Portugal, con un rodeo por el norte de Marruecos y Tarifa. Desde el *Voyage pittoresque en Espagne, en Portugal et sur la côte d'Afrique de Tanger à Tétuan* del barón Taylor (Taylor 1826) este itinerario constituye un tipo frecuente del viaje romántico y posromántico a Portugal y España. En el caso del viajero alemán claro está que la pequeña excursión á Tanger sirve así para introducir al viajero en lo que, al final del libro y en la perspectiva nostálgica del regreso al norte, recuerda la esencia casi mítica del sur, "der letzte Freudenrausch im schönen Süden, der letzte Wonneblick inmitten seiner Palmen" (Rieß 1887: 114). Encuadra así simbólicamente Andalucía a través de la ida y vuelta a Portugal o viceversa, mientras que Portugal sirve de preámbulo y de término de un viaje al centro mítico de España, con lo que la ruta del viajero alemán repite una larga tradición que se remonta hasta los inicios del siglo de la Ilustración. Pero esta estructura simétrica no carece de ciertas implicaciones ideológicas, comenzando por la cantidad de páginas consagradas a la descripción de ambos países: veintinueve y quince para cada trayecto, en total cuarenta y cuatro páginas para Portugal, sesenta y tres páginas para Marruecos y el sur de España. Más importante que el aspecto cuantitativo, sin embargo,

parece ser otro aspecto difícil de caracterizar, puesto que no se trata de juicios de valor, más bien al contrario. Desde la llegada a la costa de Oporto hasta la primera despedida de Lisboa el viajero no acaba de enaltecer la hermosura pintoresca de los paisajes y la amenidad de ciertos lugares:

Malerische Bergzüge zu beiden Seiten des Stromes. [Las montañas pintorescas a lo largo del río.] Zur Linken, der See zugekehrt, der langgestreckte Badeort Foz mit seinen hellen, freundlichen Häusern (Rieß 1887: 8),

como nota el recién llegado. Y en seguida: “Oporto hat eine reizend malerische Lage. [La posición pintoresca de Oporto]” (Rieß 1887: 9). Siguen la descripción del paisaje magnífico del Duero (Rieß 1887: 11) y de las horas inolvidables de una excursión en barco (Rieß 1887: 13), del panorama maravilloso (“das wundervolle Panorama”, Rieß 1887: 14) de Lisboa o un buen paseo a caballo en los alrededores de Cintra (“ein herrlicher Ritt”, Rieß 1887: 32). A decir verdad, estos juicios entusiásticos pueden ocultar cierta condescendencia por parte del viajero cuando, por ejemplo, se trata del puente derrumbado de Oporto, una de las recientes obras maestras de esos buenos portugueses, como comenta el autor irónicamente, uno de los “neuesten Baukunststücke der guten Portugiesen, groß in der Anlage – wie die Brücke zu Oporto – schwach in der Ausführung” y del fracaso del “verfehlten Wunderbau(s)” (Rieß 1887: 21) o de la descripción de una fiesta portuguesa en Belém. El autor nota también la hermosura dudosa de las mujeres portuguesas (“Miliz früh alternder Weiblichkeit”, Rieß 1887: 12), el papel problemático de la policía secreta y –claro– el carácter de las corridas de toros portuguesas que, aunque comparadas con las corridas españolas denotan cierto progreso de la mentalidad portuguesa, también parecen ser más aburridas.

Tal vez sea esto una clave de los paralelismos implícitos de los dos países y de las dos mentalidades, ya que la humanización misma de la corrida portuguesa implica también una pérdida de vitalidad (no corre sangre):

Blut darf nicht fließen, es muß alles hübsch trocken bleiben, nicht darf es wie in Spanien den Freudentaumel grenzenlos erhöhen. [...] Der Reiz des ungewissen Ausgangs, der in Spanien das Interesse wach hält und bei jedem Stiergefecht von Neuem durch Blut und Tod belebt wird, geht verloren [...] (Rieß 1887: 183).

Embriaguez de la alegría, la sangre y la muerte, la dramaticidad del espectáculo; en su libro sobre los mitos de la península pentagonal, Mario Praz ha estudiado este aspecto típicamente romántico del mito español (Praz 1928: 92ss.). Para el viajero alemán la verdadera corrida de toros es, pues, sin duda alguna, no la corrida portuguesa, sino la corrida española, que ha conseguido conservar su carácter original y mítico. El progreso de la civilización se ha pagado con la pérdida de la dimensión mítica. Y para ver dónde están las verdaderas simpatías del autor, a pesar de lo problemático según las normas modernas, basta con confrontar las pocas líneas consagradas a las corridas de toros portuguesas con el largo párrafo en el que el autor describirá a continuación las corridas de Sevilla:

Man muß ihn mit Augen sehen, mit Ohren hören diesen Enthusiasmus, der häufig die Schranken weiblicher Schüchternheit selbst der feinsten Damen durchbricht und sie oft zur freigebigsten Liebe gegen den Sieger verleitet, diesen Enthusiasmus, der über den harmlosen Fremden nur Worte verächtlichen Bedauerns findet, wenn er entrückt ob des muthwilligen Spiels mit Leben und Gesundheit angeekelt durch den widerwärtigen Anblick der von den Hörnern des Stiers zerfetzten Pferde [...] seine Empfindungen nicht zu verbergen vermag. [Hay que ver este espectáculo con los propios ojos, hay que vivir este entusiasmo que arrastra hasta las mujeres más tímidas [...] también la náusea y las emociones fuertes a la vista de los caballos despedazados por los toros] (Rieß 1887: 92).

En esta perspectiva la manera de sentir del turista extranjero “ingenuo” se parece más a la de los portugueses que a la virilidad española que arrastra hasta a las mujeres. Pero justamente por eso el espectáculo de Sevilla tiene una fascinación que no existe en Portugal, país sin mito. Casi medio siglo después del Romanticismo, el mito romántico de España y sobre todo de Andalucía no ha perdido aún su vigor. De la misma manera y refiriéndose a Marruecos, pese a ciertas observaciones críticas o irónicas, el autor no puede resistirse a la fascinación por el mundo exótico de los marroquíes altos, esbeltos, con sus ojos fogosos y apasionados: “schlanken, hochgewachsenen Maroccaner(n) mit dunklen, feuerblitzenden Augen” (Rieß 1887: 45), del vino de fuego de la “Gluth des Feuerweins” (Rieß 1887: 51) y el carácter explosivo (“der vulkanische Charakter des Landes mit der Leidenschaft der ewig gährenden Gemüther” (Rieß 1887: 54). España es todavía un país mítico porque es un país de contrastes (“Spanien ist reich an Gegensätzen wie kaum ein anderes Land”, Rieß 1887: 57), un país de

belleza romántica (“Wildheit des Gebirges und üppige Fruchtbarkeit vereinigen sich mit romantischer Schönheit”, Rieß 1887: 60), como nota el autor al acercarse el tren a Granada. Granada misma es descrita en términos románticos como un paraíso terrestre, “die Rose Spaniens voll lieblichster Pracht” (Rieß 1887: 56). Y como lo demuestran tantos relatos de viaje del Romanticismo, el descubrimiento de Granada se parece a una iniciación a la cumbre de la belleza terrestre, “den Höhepunkt irdischer Schönheit” (Rieß 1887: 57) que el autor va a describir sin cansarse en muchas páginas.

Lo dicho antes no demuestra una falta de interés por Portugal en comparación con España, antes todo lo contrario. Lo que quiere sugerir es el hecho de que Portugal no participa en las tendencias a la mitificación del mundo hispánico. Para citar a unos viajeros alemanes, raros son los comentarios tales como el de un profesor de Heidelberg, Wilhelm Wattenbach, que en su libro *Eine Ferienreise nach Spanien und Portugal* escribe que “in Bezug auf Schönheit Portugal gegen Andalusien weit zurücksteht” (Wattenbach 1869: 291). Otros viajeros alemanes insisten en el carácter inolvidable de sus recuerdos portugueses. El príncipe Felix de Lichnowsky escribe en 1842:

Die Landschaft von Lissabon bei Nacht von den Quais aus gesehen, ist ein so magischer Anblick wie wir mit unserem fahlen Monde, unsern blassen Sternen und kalten Nächten es gar nicht träumen können (Lichnowsky 1848: 70).

Alexander Wittich nota en su dedicatoria a Domingo Jozé d’Almeida Lima: “Zu den schönsten Episoden meines Lebens rechne ich unbedenklich den Aufenthalt in Ihrem Vaterlande” (Wittich 1843: s.p.) para hacer en seguida grandes elogios del renacimiento político y social del país amado. En 1868, a su regreso de España, Heinrich Brockhaus, el famoso fundador de la enciclopedia Brockhaus y cuyo viaje ibérico puede ser comparado con el de Otto Rieß, concluye:

Portugal hat übrigens im ganzen einen sehr guten Eindruck auf mich gemacht. Alles, was man sieht, macht den Eindruck des Fertigen und Vollständigen, wie dies nicht immer in gleicher Weise bei uns in Deutschland der Fall ist (Brockhaus 2003: 239-240).

En sus *Wanderungen in Spanien und Portugal*, de 1883, Ernst Barck alabará aún más Coimbra “zum Stand der Schönheit, welche von keiner Stadt übertroffen wird” (Barck 1883: 77), para concluir: “Das Klima und die Schönheit des Landes sind wirklich ganz bezaubernd”

(Barck 1883: 167). Y el austriaco Jacques Jaeger, en 1898: “Wir waren im Erobern des portugiesischen Paradieses nicht klein” (Jaeger 1898: 80). Como ya hemos visto, no se trata de desmentir el carácter luminoso de muchos viajes decimonónicos a Portugal. Lo que importa, desde luego, es romper el círculo mítico de una comunidad ibérica, mito que ha sido reavivado recientemente en la novela utópica *A Jangada* de José Saramago.

Paraíso por la belleza de sus paisajes, pero no país mítico. En ninguna parte el retraso social e histórico constatado por la gran mayoría de los viajeros extranjeros confiere un prestigio arcaizante al país subdesarrollado, antes al contrario. Por lo tanto, Portugal no es un país totalmente desconocido; pero participa en cierta medida en las actividades de los viajeros a la Península Ibérica en el siglo de la Ilustración, sobre todo de los viajeros británicos y de los que viajan en barcos ingleses (Guenero: 1990). No hay que olvidar que, a diferencia de la España romántica, situada en el último extremo de Europa central, Portugal no parece estar lejos de las Islas Británicas y de los grandes puertos de Brema y Hamburgo. Así, a menudo Portugal constituía la entrada natural para los que querían visitar España o simplemente ciertas partes de la Península. Lo demuestran, por ejemplo, las *Lettere familiari* (1762), del enciclopedista italiano Giuseppe Baretti, que había elegido Inglaterra como segunda patria. En su artículo titulado “Durch die Wüste, Lichter tragend ...”, una alusión a la función ilustrada de muchos viajes de la segunda mitad del siglo XVIII, Martin Opitz ha destacado el interés suplementario suscitado por la catástrofe del terremoto de Lisboa (Opitz 1983: 189). En su libro *They went to Portugal*, Rose Macaulay ha estudiado, entre otras, esta nueva fase de actividades viajeras (Macaulay 1946), paralelamente a los viajes a la España de la Ilustración analizados recientemente por Thomas Bodenmüller (2001). Pero lo que importa en este ámbito es que, en lo que se refiere a Portugal, una vez más a diferencia de España, no hay ninguna ruptura de estas actividades. Más bien asistimos a un verdadero desarrollo de los viajes a Portugal en torno a 1800. Martin Opitz ha presentado ciertos autores de relatos de viaje, de Esther Bernhard, Richard Crocker, Heinrich Friedrich Link hasta Wilhelm von Eschwege o Anton Friedrich Buschniz. Y es que Portugal, aliado con Gran Bretaña, aprovechaba en cierto sentido la circunstancias históricas de las guerras napoleónicas y del gran bloqueo continental. Mientras los

viajes a España y por España padecían de una gran pausa forzada por razones políticas, Portugal seguía siendo, más que antes, el lugar de predilección para los viajeros británicos. Pero mientras el levantamiento popular español, el primer ejemplo de este tipo de insurrección, contribuyó sin duda a construir el mito de la España romántica, país también arriesgado el que había conseguido resistir a la Europa moderna, Portugal carecía de atributos similares. Así parece que Portugal tenía poca influencia en el desarrollo de una iconografía romántica tal como la que comenzaba a formarse, por ejemplo, en Francia desde finales de la era napoleónica (Martinencho 1922; Trénard 1962; Brüggemann 1956). En otros términos: si la ruptura de la tradición ilustrada contribuyó a aplanar el cambio de rumbo del viaje a la España romántica, la continuidad misma de los relatos de viaje a Portugal parece haber impedido toda tendencia hasta la mitificación. La formación de una nueva sensibilidad estética por la naturaleza y la valoración del exotismo, el entusiasmo por el encanto del sur y la magia del ambiente, eso sí, pero ni una huella del proceso ideológico que había de hacer de España el símbolo mismo del otro y la puerta del Oriente.

Consideremos tan sólo dos ejemplos bastante característicos, el uno perteneciente a la alta aristocracia inglesa creada en la tradición ilustrada y, tal vez, mediador entre la Ilustración y el joven Romanticismo, el otro perteneciente al movimiento del Romanticismo burgués. El primer ejemplo se refiere a uno de los personajes más interesantes al respecto, William Beckford, considerado en general como uno de los descubridores del mundo ibérico poco antes del Romanticismo. Este representante mismo de la novela gótica, nacido en 1759 o 1760, se detiene en Portugal de marzo a diciembre de 1787, de noviembre de 1793 a octubre de 1795, de diciembre de 1795 a marzo de 1796 y, una vez más, de diciembre de 1798 a julio de 1799. De estas estancias reiteradas consideremos tan sólo *The Journal of William Beckford in Portugal and Spain 1787-1788*.

Como indica el título, esta serie de observaciones contiene también un *Spanish Journal* de diciembre de 1787 hasta enero de 1788, pero en vistas de que esta parte final tiene muy poca importancia, podemos hacer caso omiso de ella. Mencionemos, sin embargo, que el autor se refiere ya en la primeras frases a “Clarke’s ponderous account of Spain, and Major Dalrymple’s dry, tiresome and splenetic excur-

sion” (Beckford 1984: 285).¹ No hay, pues, ni huella de mitificación, ni siquiera en la descripción de una excursión al Escorial en cuyos alrededores el autor destaca el “wild naked country” así como “the old background of a lofty, irregular mountain” (Beckford 1984: 296). Aquí, como en otras partes, los indicios de una nueva sensibilidad estética parecen demasiado escasos para permitir hablar de un cambio de paradigma. Por lo que concierne a la estancia en Portugal, que se limita a poco más que al centro, con Lisboa, Belém, Cintra y Mafra, Rose Macaulay ha notado sobre todo los rasgos de un temperamento inestable.

A diferencia de sus contemporáneos ilustrados, este rico miembro del “antiguo régimen”, vanidoso, presuntuoso, comediante y farsante, pero también sensitivo y sensible a todos los efectos estéticos, elige Portugal menos como un objeto de investigaciones turísticas que como la escena teatral de sus experiencias estéticas y sociales. Rose Macaulay ha visto en Beckford el tipo perfecto de un “curioso impertinente” de la alta sociedad, “ruthless, unscrupulous, malevolent”, pero, como dice Macaulay; “he must have had an immense charm; he was brilliant, fascinating, cultivated, mood-ridden, witty, perverse” (Macaulay 1946: 109). “To read Beckford on Portugal”, escribe la autora, “is to lose oneself in an extraordinary, many-coloured, fantastic drama (or opera) of fun, beauty, gaudy decor, pomp, luxury, absurdity, vanity, cynicism and wit” (Macaulay 1946: 109). Un “esteta” en búsqueda de emociones y que anuncia ya el esteticismo del fin de siglo, ansioso de ser admitido a la corte y de desempeñar el papel de hijo mimado en la alta sociedad, observador alternativamente curioso y cínico de esta misma sociedad, amante de Portugal y que no titubea en despreciar también el objeto de su amor. Si el deseo de irrealidad puede ser calificado como un rasgo típicamente prerromántico, este matiz nada tiene que ver con los mitos románticos posteriores del mundo ibérico. Portugal, Macaulay nos advierte además, no es nada más biográficamente que un sucedáneo de Jamaica o de Madeira; representa así para el viajero que no consiguió ver estos últimos lugares, un mito exótico, pero no la esencia del otro en términos imagoló-

1 Según el editor, se trata de E. Clarke, *Letters concerning the Spanish Nation* de 1763 y de Major W. Dalrymple, *Travels through Spain and Portugal in 1774*, de 1777.

gicos. Beckford anduvo una y otra vez por este país que representaba el exotismo puro y cuyos elementos exóticos fueron transplantados al lujoso domicilio inglés de Fonthill. El hecho de que las *Sketches* que Beckford había deseado publicar ya en 1818 no vieses la luz antes de 1833 parece denotar, además, el carácter privado y poco representativo de una colección de recuerdos que poco tiene en común con la gran tradición hodopórica europea.

De hecho, el autor no describe el país extranjero en su diversidad; lo que describe es la vida social en la que pasa los meses de mayo hasta diciembre, las visitas y las tertulias, el tiempo que hace, el ambiente y sus propios estados de ánimo. “I was in too good spirits to sleep well; my slumbers were broken and agitated” (Beckford 1984: 141); o bien: “I slept ill and woke in a feverish tremor” (Beckford 1984: 244); o, a comienzos de octubre: “Melancholy and dejected” (Beckford 1984: 221); o bien al contrario: “I was in a high spirits and danced with a parcel of young tits till two in the morning” (Beckford 1984: 69), etc. Así, no se trata de un relato de viaje en el sentido estricto del término, sino literalmente de un diario íntimo en el que el autor se da cuenta a sí mismo de sus humores y caprichos, de su salud, o de sus insomnios. Nada menos romántico que este diario, nada menos mítico que la imagen del país del que, a menudo, querría huir: “I wish myself in some green meadow at the foot of the Alps” (Beckford 1984: 99); o bien: “Every day in my Lisbon experience is tinted with the same dull colours” (Beckford 1984: 135); o bien: “Tis a wonder I do not expire with ennui, the life I lead is so stupid and uniform” (Beckford 1984: 134). En cuanto al calor estival de Lisboa el autor anota sobre Cintra: “Contemptible as these hills appear when the Alps are brought into comparison with them, I shall not be sorry to avail myself of their coolness” (Beckford 1984: 149). Y por lo que toca a las corridas: “It requires little courage to attack such patient animals. I was highly disgusted with the spectacle” (Beckford 1984: 127).

Pero, por otro lado, qué vivacidad, qué sensibilidad estética, qué estilo tan original cuando, por ejemplo, el autor se encuentra “in shivering sickly mood like a bird that is moulting” (Beckford 1984: 266); cuando celebra la fragancia de una flor: “I have been hanging over the jasmines I brought out of the garden of the Necessidades, and inhaling their soft perfume” (Beckford 1984: 63), cuando describe un paseo “in the valley of Alcantara amongst orchards of orange and

lemon brightened up by the showers which have lately fallen” (Beckford 1984: 63); cuando hace una pintura panorámica de Mafra (Beckford 1984: 175-176), cuando descubre la magia pintoresca de unas cuevas al borde del mar (Beckford 1984: 240) o cuando enaltece la belleza de Lisboa en la tarde (Beckford 1984: 71). Se trata de teatro y de música, de misas y procesiones, de amistades y hasta de la impresión que el autor produce en la sociedad portuguesa: “My singing, playing and capering subdues every Portuguese that approaches me, and they cannot help giving way to the most extravagant expression of their feelings” (Beckford 1984: 86). Este *Portuguese Journal* es, por cierto, el documento más original de una experiencia viajera, pero lo es porque da una imagen detallada de la vida de todos los días y precisamente por esto omite el mito y elimina en gran parte la alteridad de lo visto.

Beckford, pues, no representa un principio del viaje romántico, sino más bien una digresión cuyo carácter excéntrico destaca al compararlo con el gran poeta romántico auténtico que fue Robert Southey, poeta burgués y erudito. Southey viajó dos veces a Portugal, la primera vez con su tío, de enero a abril de 1796, y la segunda vez de abril de 1800 a mayo de 1801. Las *Letters written during a Short Residence in Spain and Portugal* fueron publicadas en 1797 y deben ser completadas por los *Journals of a Residence in Portugal 1800-1801*, editados por Adolfo Cabral. A diferencia de Beckford, Southey es el representante por antonomasia del poeta docto célebre por sus romances históricos como, por ejemplo, el romance español sobre *Roderick the Last of the Gothic*, de 1814. En Portugal mismo el autor estaba proyectando una gran *Historia de Portugal*, pero sólo acabó la *History of Brazil* (1810-1819). Ya vemos que este amigo de Wordsworth, ridiculizado por Lord Byron por su erudición laboriosa, se interesaba muy seriamente por el país, su carácter y su historia, pero que la parte romántica de los romances quedaba reservada para España y su historia, no para Portugal (Zimmermann 1997).

Sin embargo, a primera vista las *Letters* de 1797 no parecen confirmar nuestra tesis. En la relación del viaje que conduce al viajero inglés de La Coruña, Lugo y Ponferrada a través del Guadarrama a Madrid y Badajoz, y que finaliza con las impresiones de Lisboa, Arrabida y Cintra, el autor se centra en el tema típicamente ilustrado de la decadencia, del papel siniestro de los monjes, de la Iglesia y, por su-

puesto, de la Inquisición. Nada romántico en lo que está desarrollado sistemáticamente en una especie de ensayo titulado “On the State of Portugal” (Southey 1797: 408-463); ni en las observaciones sobre “the wretched state” (Southey 1797: 232) del reino de España y la decadencia de una nación cuyos niños se visten como hombres, mientras los hombres tienen el seso de niños (Southey 1797: 173). No hay duda sobre la decadencia actual:

All our early impressions tend to prejudice us in favour of Spain. [...] A little observation soon destroys this favourable prepossession; a great and total alteration in their existing establishment must take place before the dignity of the Spanish character can be restored (Southey 1797: 112).

Y lo que vale para los españoles, vale también para los portugueses. Sin embargo, pese a todo, lo que sorprende es cierto entusiasmo en lo tocante a las cosas españolas. El autor inaugura su libro con “Retrospective musings written January 15, 1797” que son un verdadero himno a España:

Spain! Still my mind delights to picture forth
The scenes that I shall see no more, for there
Most pleasant were my wanderings (s.p.).

Celebra “Leon’s wild wastes and height precipitous” y “Galicia’s giant rocks” (Southey 1797: XVI), enaltece “Memory’s mystic power” (Southey 1797: XX) y recuerda “How did the lovely landscape fill my heart” (Southey 1797: XIX). Palabras clave tales como “wild”, “picturesque”, “beautiful”, “sublime” son más frecuentes en la parte española que en la parte portuguesa. Y, sobre todo, este libro de un viaje ibérico es casi una antología de poesía y, en la mayor parte, de poesía española: de Garcilaso de la Vega, de Montemayor, de Yriarte, etc. Hasta en la parte portuguesa cita el autor textos españoles, porque, como escribe: “The Spanish poets please me better than the Portuguese; they possess more dignity, and they are not infected by that national vanity which characterises their neighbours” (Southey 1797: 373). Claro está que todo esto no es aún una señal de mitificación romántica, pero cuando pensamos que Southey cita también un romance, pues precisamente el género *par excellence* con el cual inicia la España romántica en Alemania, no hay duda de que, una vez más, el entusiasmo por la naturaleza en ambas partes de la Península y la crítica de ambos países subdesarrollados no impide cierta fascinación

limitada a España y que la perspectiva literaria del autor no está lejos del mito romántico posterior. Aunque este primer viaje ibérico de Southey se sitúa todavía en la tradición de la Ilustración, antes de formarse los mitos románticos de los años veinte y treinta del siglo XIX, está claro que España constituye el verdadero centro de interés, cuantitativa y cualitativamente. Ambos países, España y Portugal, estrechamente vinculados por su historia, presentan ejemplos de regiones subdesarrolladas, pero en el caso de España el retraso social ya comporta ciertos rasgos de belleza arcaica y de originalidad, mientras Portugal es simplemente un país hermoso e interesante.

De hecho, el autor calificado por Macaulay como “a Romantic among the Philistines”, está lejos de estar fascinado por la arriesgada realidad ibérica en la que nada es conforme a lo esperado. “He wrote with sneering contempt of the government”, comenta Macaulay, “with shocked disgust of the Church [...], with boredom of the English society around him” (Macaulay 1946: 143-164) Southey, continúa Macaulay, “was a natural disapprover”, cuya documentación del primer viaje corresponde más al tipo del viaje desilusionado que a un viaje romántico (Macaulay 1946: 145). De vuelta en Inglaterra, no deseaba regresar a Portugal. Sin ningún gusto por el “beau monde” de Lisboa, ni por los rasgos específicos como los relatos de *autos da fé* (autos de fe), corridas, formas de devoción y de la vida social, etc., Southey parece haber acabado con la realidad portuguesa antes de profundizar en su primera experiencia. Pero gracias a una feliz coincidencia biográfica, tendrá una segunda oportunidad y, pese a su persistente actitud crítica, es como una revelación de toda la belleza que no notaba antes. Así, en cierto sentido, sólo el *Journal of a Residence* merece la pena como la lectura. “Four years of absence had varnished every thing with the gloss of novelty” (Southey 1960: 1), comenta el joven poeta al llegar, para añadir poco después: “Views like these exist only in climates like these. They have a mellowness – a richness – a soft and voluptuous luxuriance of which the parts of an English landscape can help you to no idea” (Southey 1960: 4). Ya vemos que Southey está cobrando afecto a Portugal, su clima y su paisaje. Va a alabar la belleza del paisaje de Faro (“a beautiful country”, Southey 1960: 45) o notará una vez que:

The view towards the mountain was what one dreams of – a rich and enough peopled valley – its distance cultivated and wooded up to the

summit – southward the sea. I did envy the place and the house which would answer all my wishes (Southey 1960: 49).

En otra ocasión, un valle le parece como “our Land of Promise” (Southey 1960: 42).

En cierto sentido, los momentos en los que el viajero puede apreciar el carácter de un sitio constituyen unos momentos de atemporalidad feliz, existencial, en el ritmo inquieto del viaje. Como nota Southey en una carta escrita a su hermano: “Few persons bear about with them a more continual feeling of the uncertainty of life, its changes and its chances – than I do” (Southey 1960: 76). “A voyage is a serious thing” (Southey 1960: 74) y un viaje se parece a un prototipo de “uncertainty”. Así, esos momentos de ensimismamiento son una cosa seria: “I often gaze and gaze till I forget myself and lose all thought, all recollection” (Southey 1960: 112). Como notará Southey en Coimbra: “Who is there who has not, when he stood under a fine tree, felt the littleness of man’s existence?” (Southey 1960: 159).

Además, lo que hay que destacar es la curiosidad del viajero y, también, su deseo de ver el país entero. Como escribe Southey al final de su viaje y de su estancia en el país: “I have now travelled about a thousand miles in Portugal, and acquired a tolerably accurate knowledge of the greater part of the kingdom; the northern provinces are still unvisited” (Southey 1960: 166). El viajero describe los detalles más insignificantes, por ejemplo la casa en la que va a habitar –¡dos páginas enteras!– o la manera en que funciona un fuele. En dos ocasiones evoca el poeta una perspectiva nostálgica: “What was old was indeed fine – it was like old Portugal. The modern is poor and paltry – fit for a travelling show – the perfect picture of the kingdom’s present state” (Southey 1960: 21). De la misma manera, Alcobça aparece como “a huge mixture of old magnificence and modern meanness, old and new Portugal” (Southey 1960: 161). Así, una vez más, queda claro que la sensibilidad estética no impide a Southey hacer una crítica severa de todos los aspectos negativos: la “parade of Priests” (Southey 1960: 12), la superstición, la “complete anarchy” del gobierno (Southey 1960: 12), las formas de injusticia social, la suciedad pública, “a shed so filthy that we could not enter, hardened as we were” (Southey 1960: 24). Pero hay que admitir que una crítica similar ya no desempeña un papel principal, sino que forma parte de una experiencia bastante equilibrada del todo. Lamenta, por ejemplo, el carácter sucio del

comercio y la falta de progreso moral y científico, pero observa también que: “with all this court devotion a spirit of toleration exists formerly unknown in Portugal” (Southey 1960: 135). Porque, a fin de cuentas, “Portugal is certainly improving, but very, very slowly” (Southey 1960: 98).

Así, Portugal se parece a un paraíso decaído al que el autor no volverá jamás. Pero no es un país romántico, ni constituyen las cartas escritas desde el país un ejemplo de literatura romántica en el sentido en que un Washington Irving, un Théophile Gautier, un Charles Didier, un George Borrow, un Vasilij Petrovich Botkin y otros celebrarán más tarde la salvaje España romántica. Portugal, el blanco de crítica social, ejemplo de una mentalidad premoderna, pero también sitio de ensueños y de reflexiones existenciales, es en realidad un país sin mito, todo lo contrario de una España instrumentalizada por el Romanticismo europeo.

Bibliografía

- Barck, Ernst (1883): *Wanderungen in Spanien und Portugal 1881-82*. Berlin: Wilhelm.
- Beckford, William (1984): *Sketches of Spain and Portugal 1787-1788*. Ed. Boyd Alexander. London: Hart-Davis.
- Bodenmüller, Thomas (2001): “‘Der Blick von außen’. Spanien in europäischen Reiseberichten des 18. Jahrhunderts”. En: *Germanisch-Romanische Monatschrift*, 51, 4, pp. 397-418
- Brockhaus, Heinrich (2003): *Tagebücher*. Ed. Volker Titel. Erlangen: Filios.
- Brüggemann, Werner (1956): *Die Spanienberichte des 18. und 19. Jahrhunderts und ihre Bedeutung für die Forschung und Wandlung des deutschen Spanienbildes*. Münster: Aschenbach.
- Guenero, Ana Clara (1990): *Viajeros británicos en la España del siglo XVIII*. Madrid: Aguilar.
- Jaeger, Jacques (1898): *Jenseits der Pyrenäen. Kulturbilder von Spanien, Portugal, Gibraltar und Marokko*. Leipzig: Teufen.
- Lichnowsky, Felix von (1848): *Portugal. Erinnerungen aus dem Jahre 1842*. 2. Ausgabe. Mainz: Zabern.
- Macaulay, Rose (1946): *They Went to Portugal*. London: Cape.
- Martincheno, Ernest (1922): *L'Espagne et le romanticisme français*. Paris: Hachette.

- Opitz, Martin (1983): "Durch die Wüste, Lichter tragend... Sozialgeschichte und literarischer Stil in den Reiseberichten über die Iberia um 1800". En: Griep, Wolfgang/Jäger, Hans-Wolf (eds.): *Reise und soziale Realität am Ende des 18. Jahrhunderts*. Heidelberg: Winter, pp. 188-217.
- Praz, Mario (1928): *Peninsula pentagonale (Pretesti spagnoli)*. Milano: Edizioni Alpes.
- Rieß, Otto (1887): *Nach Portugal und Spanien: Eine heitere Touristenfahrt*. Berlin: Decker.
- Southey, Robert (1797): *Letters from Spain and Portugal Written During a Short Residence in Spain and Portugal*. Bristol: Bulgin & Rosser.
- (1960): *Journal of a Residence in Portugal 1800-1801 and a Visit to France 1838*. Ed. Adolfo Cabral. Oxford: Clarendon Press.
- Taylor, Isidore Justin Séverin (1826): *Voyage pittoresque en Espagne, en Portugal et sur la côte d'Afrique, de Tanger à Tétouan*. Paris: Gide
- Trénard, Louis (1962): "Images mythiques d'Espagne sous la Restauration". En: *Revue des Sciences humaines*, pp. 367-422.
- Wattenbach, Wilhelm (1869): *Eine Ferienreise nach Spanien und Portugal*. Berlin: Wilhelm Herz.
- Wittich, Alexander (1843): *Erinnerungen an Lissabon. Ein Gemälde der Stadt nebst Schilderungen portugiesischer Zustände und Fortschritte in der neuesten Zeit*. Berlin: Reimer.
- Zimmermann, Christian von (1997): *Reiseberichte und Romanzen. Kulturgeschichtliche Studien zur Rezeption Spaniens im deutschen Sprachraum des 18. Jahrhunderts*. Tübingen: Niemeyer.